

LAURA. (Levantándose y apoyándose en la chimenea.)
¡Te dabas tan mala maña!

ENRIQUE.

Supongo que ya es tarde para instruirme.....
pero, en fin, ¿podré preguntarte tímidamente cómo
hubiera debido arreglarme?

LAURA.

Como hoy, querido primo.

ENRIQUE. (Con júbilo.)

¿Sabes que voy á darte un abrazo de alegría?

LAURA.

Pues dámele. (Enrique abraza á su prima.)

FIN.

LA PARTIDA DE DAMAS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. 185"
Abdo. 1625 MONTEARKEY, MEXICO

PERSONAJES.

MME. D'ERMEL, de sesenta y dos años de edad.

El Dr. JACOBO, de setenta.

VICTORIA, doncella al servicio de Mme. D'Ermel.

La escena pasa en el campo, en Normandía.

UNIVERSIDAD DE BREVETOS
BIBLIOTECA

1910
ESTADÍSTICA, MÉMOS

En casa de Mme. d'Ermel. — Un reducido gabinete con puerta á un dormitorio. — Delante de la chimenea una mesa con tablero de damas. — Junto á la mesa un velador, sobre el cual habrá una bandeja con dos tazas para café y un azucarero. — Una cafetera arrimada á la lumbre.

MME. D'ERMEL. (Sola, mirando el reloj.)

Son cerca de las siete y cuarto..... Ya no me queda duda de que Jacobo emplea para venir aquí, por término medio, cinco minutos más que el año pasado..... Hasta San Miguel último, con diez minutos tenía bastante para llegar á la puerta de mi casa. Pero su paso va entorpeciéndose..... y eso no me gusta..... Hagamos al menos lo posible para que no repare en ello. (Mme. d'Ermel retrasa el reloj algunos minutos.)

VICTORIA. (Anunciando.)

¡El doctor Jacobo! (Retírase así que éste entra en la estancia.)

MME. D'ERMEL.

Buenas tardes, amigo mío.

JACOBO. (Besándola la mano.)

La mano tan fresca como siempre; casi estaba seguro de ello..... en cambio, pondría cualquier cosa á que tenéis ardiendo el corazón..... Buenas tardes, hermosa señora mía.

MME. D'ERMEL.

¡Venís helado, amigo mío! ¿Qué tal tiempo hace?

JACOBO.

Delicioso; un tiempo de primavera..... viento, lluvia y granizo en abundancia. Con vuestro permiso, voy á dejar mi bastón debajo de esa rincónera.....

MME. D'ERMEL.

Haced lo que queráis; ya sabéis que podéis obrar con toda franqueza en mi casa.

JACOBO.

Y mi sombrero sobre esta consola. (Quitándose los guantes.) ¿No es verdad, mi buena amiga, que el hábito ejerce sobre nosotros un extraño imperio? Si en el transcurso de una sola velada dejase yo mi bastón en otro sitio que debajo de aquella rincónera, y mi sombrero no se hallase sobre aquella consola, de seguro bastaría cualquiera de estas

dos circunstancias para esclavizar mi pensamiento.

MME. D'ERMEL.

Todos los astros, doctor, tienen evoluciones fijas.

JACOBO.

¡Preciso es confesar, diosa mía, que no carecéis de cierta instrucción!..... Pero ¡calla! (Mirando el reloj.)

¡Esto es muy extraordinario!

MME. D'ERMEL.

¿Qué?

JACOBO.

¿Va bien ese reloj?

MME. D'ERMEL.

Perfectamente.

JACOBO.

En ese caso estoy hecho á prueba de bomba. ¿Queréis creer que he salido de mi casa á las siete y tres minutos?..... De manera que, como lo estáis viendo, con setenta años á la espalda todavía tengo fibra para tirarme al colete cerca de un cuarto de legua en siete minutos.

MME. D'ERMEL.

Ciertamente que sois un ser extraordinario, señor doctor. Pudiera decirse que lejos de abrumaros los años, os acarician. Arrimad vuestra taza, joven amigo mío.

JACOBO. (Presentando su taza.)

¡Brebaje digno de los dioses, tanto por el aroma que exhala, como por la mano que lo vierte!....

MME. D'ERMEL.

Servíos azúcar, señor Júpiter.

JACOBO. (Acomodándose en un sillón y meneando suavemente la cucharilla dentro de la taza.)

Enhorabuena que el marino de corazón, tres veces más duro que el bronce, arrostre en su débil esquife el furor de las olas del Adriático.... Por mi parte me hallo perfectamente y muy á mis anchas en este sillón, y aquí me quedo.—A propósito, querida amiga, voy á causaros una gran sorpresa. Hay novedades en Landernau. ¿Os acordáis de aquellos dos huérfanos enfermizos, de aquellos dos raquíticos arbustos que os dignasteis confiar, hará cosa de dos meses, á mi ciencia y á mi amistad?

MME. D'ERMEL.

¿Mi Camelia y mi Captus?.... ¡Apostaría á que se han muerto!

JACOBO. (Con ademán de triunfo.)

Perderíais, señora, porque lejos de morirse, se hallan en flor, como vos misma.

MME. D'ERMEL.

¡Vamos!.... Está visto que en tratándose de

este género, se os va la cabeza á pájaros.... ¿Y cuándo podré yo ver ese milagro por mis propios ojos?

JACOBO.

Mañana mismo por la mañana, si gustáis; yo vendré á buscaros, y de camino entraremos, si os parece, en casa de Juana Nicot, que se halla en cama con una fiebre de las más peligrosas.... Ya sabéis que cuando no me es posible prometer la salud á mis enfermos, procuro consolarlos prometiéndoles vuestra presencia. Cuéntase de Hipócrates, que cuando iba acercándose al término de su dilatada carrera, no tenía más que un solo medicamento que le inspirase confianza: desgraciadamente se perdió este secreto, y yo he tenido la dicha de encontrarlo. El medicamento de Hipócrates era la bondad de una mujer.

MME. D'ERMEL.

¡Lisonjero! Mas no importa: iremos á casa de Juana Nicot. Ahora tomad vuestro café, y decidme si he tenido buena mano esta noche. (Al llevarse el doctor la taza á los labios, ábrese la puerta.)

VICTORIA.

El señor cura pregunta si le será posible hablar con la señora. (El doctor se levanta del sillón con mal gesto y deja la taza sobre la chimenea.)

MME. D'ERMEL.

¡Pues no! Dile que suba. (Vase Victoria.)

JACOBO.

¡Otra vez ese cura!

MME. D'ERMEL. (Riendo.)

¡Otra vez ese cura! ¡Otra vez ese cura!..... ¡Bravo, señor doctor! Ocho meses hace ya que el pobre hombre se halla al frente de la parroquia, y no ha venido á esta casa más que una noche, una tan solo; y por cierto que no dejaría de reparar que os estorbaba su presencia..... porque, á Dios gracias, se lo disteis bien á entender con la cara de vinagre que le pusisteis..... Desde entonces acá ha tenido la discreción de no pisar mis umbrales después de las siete de la noche: cuando come conmigo, se marcha así que nos levantamos de la mesa..... y vos le pagáis un proceder tan delicado con las palabras de *¡otra vez ese cura!*

JACOBO.

¡Bah! ¡bah! Pues ya estáis viendo qué modo tiene el hombre de enmendarse. Os pronostico que lo váis á tener aquí todas las noches, y que sin ceremonia, se pondrá de espaldas á la chimenea y se alzaré la sotana para calentarse.

VICTORIA. (Desde la puerta.)

El señor cura no quiere más que decir dos

palabras á la señora y se obstina en no subir.

MME. D'ERMEL.

Bajaré yo en ese caso. Oid eso, señor doctor, oid eso, y moríos de vergüenza! (Vase Madama D'Ermel.)

JACOBO solo. (Paséase por espacio de algunos instantes en silencio, y prorrumpo luego en confusas exclamaciones, que después formula más claramente, á medida que su impaciencia va tomando incremento.)

¡Hum!..... ¡buenas estarán las dos palabras! Apostaría á que ese diablo de cura la detiene más de una hora en el zaguán, sin cuidarse de que puede perjudicarla el estar entre cuatro corrientes de aire. ¡Oh! ¡qué bien reconozco en eso el espíritu egoísta y monopolizador de la gente de sotana!..... ¡Bravísimo! ¡la conversacion se prolonga que es un portento! No puede negarse que la lengua de los clérigos y la de las mujeres allá se van de largas!..... ¡Mejor que mejor! ¡así hará el diablo su agosto!..... Pero, pregunto yo: ¿puede ser bien visto que un cura atravesese esos campos á estas horas sin otro objeto que el de venir á cotorrear á una antesala? Supongamos que un infeliz que se halle en la agonía tenga repentinamente necesidad del ministerio sagrado de ese hombre; en tal caso, preciso será que corran en su busca de

su casa aquí y de aquí á su casa, mientras que el infortunado á quien atormenta su conciencia intranquila..... Pero ¡qué diablo! el tal curita se habrá ya echado al colete su correspondiente café, y todo lo demás le importa un ardite.

MME. D'ERMEL. (Entrando.)

¡Brrr! ese zaguán es un ventisquero..... Me llamaba para hablarme del sillón que tengo en la iglesia; yo le había manifestado deseos de mandar que me rellenaran el asiento; y como ahora se trata, según parece, de reparar la nave, el bueno del cura ha tenido la complacencia de..... (Madame d'Ermel advierte que la taza del doctor está sobre la chimenea.) ¡Cómo! ¿aun no habéis tomado el café?

JACOBO.

No, señora; todavía no lo he tomado. Ya sabéis que tenemos la costumbre de tomarlo al mismo tiempo, y á mi edad no se cambia fácilmente de hábitos.

MME. D'ERMEL.

Pero ¿no veis, santo varón, que ya estará frío?

JACOBO.

Es muy probable, señora. Tiempo ha tenido al menos para enfriarse y para más que enfriarse.

MME. D'ERMEL.

¡Cómo ha de ser! Mañana lo tomaréis hirvien-

do, y punto concluído. Después de todo, ¿qué más da? (Jacobo sorbe el café en silencio, y Mme. D'Ermel prosigue, después de un momento de pausa.) Pero..... si no me engaño, señor doctor, ya váis deponiendo el entrecejo..... ¿Está todavía bueno el café, por ventura?

JACOBO. (Sonriendo.)

¡Excelente! No lo hubiera creído. ¡Cuál será la causa! Yo no encuentro otra sino la de que en vuestra ausencia se arrastra el tiempo como un gotoso..... porque vos os lleváis sus alas.

MME. D'ERMEL.

¡Ay Dios mío! ¡Al bueno de mi doctor le ha dado ahora por la ternura! ¿Tendré que llamar á mi doncella? No, no, que ya vuelve á sentarse..... lo cual no es poca dicha. (Jacobo se sienta al frente de la mesa, y Mme. D'Ermel al otro lado; ambos colocan las damas sobre el tablero y empiezan á jugar, hablando por intervalos.) Ya sabéis, doctor, que tengo que tomar más de un desquite.

JACOBO.

¡Diantre! De sobra os los tomáis en otros juegos más inhumanos.

MME. D'ERMEL.

¿Indirectas tenemos? ¡Esta noche, señor doctor, os habéis propuesto sin duda apeáros por las ore-

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
 1825 MONTREAL, QUEBEC, CANADA

¡jas!..... ¡Cuidadito! pero escuchad: el viento sopla de una manera terrible..... ¡y mi pobre cura, que andará ahora por esos caminos de Dios!..... Os aseguro que cuando pienso en ello.....

JACOBO.

Efectivamente; lo que es ahora podría yo decirle muy bien:

Esos que vos tenéis por ajuilones,
Á mi se me figuran blandos céfiros.

MME. D'ERMEL.

Semejantes palabras, señor doctor, serían muy poco caritativas.—Ocupad esa casilla, si os atrevéis.

JACOBO. (Después de una larga meditación.)

¡Hola! ¿me habríais armado en ella algún lazo? Pues declaro que no lo veo.

MME. D'ERMEL.

¡Ah, Jacobo! ¡os tengo tendidos otros más crueles! Pero jugad pronto, que es lo que importa.

JACOBO.

Haya lazo ó no, en ella me meto.

MME. D'ERMEL.

¿Está ya jugado?

JACOBO.

Sí.

MME. D'ERMEL.

¿De veras?

JACOBO.

Aguardad un instante..... (Detiéndose á meditar.)
Pues señor, lo dicho, dicho; ya está jugado.

MME. D'ERMEL.

¡Pobre infeliz!..... Coméos esa dama..... (Jacobo lo hace.) Y ahora escuchad el golpe: una, dos, tres y cuatro. ¿Qué tal?

JACOBO.

Esto es increíble. ¿En qué demonios estaría yo pensando? ¡No sé cómo ha sido eso!

MME. D'ERMEL.

Ni yo..... ¿Oís cómo azota el granizo los cristales de la claraboya? A decir verdad, doctor, no se suele agradecer bastante á la Providencia la gracia que nos hace al otorgarnos una casa bien abrigada, un vestido entretelado y una buena compañía, cuando el tiempo está tan desapacible. Generalmente somos muy ingratos para con Dios.

JACOBO.

¡Hum, hum!

MME. D'ERMEL.

¡Cómo! ¿Os atreveríais á negarlo, caballero?

JACOBO.

¿Negarlo? No, señora..... la verdad es que ni se

me ha ocurrido pensar en cosa semejante..... por-
que tengo harto que atender con mi juego.

MME. D'ERMEL.

Sea en buen hora; pero ya que el juego absorbe
tanto vuestra atención, no haríais mal en desalo-
jarme de esa casilla.—¿Sabéis lo que me ocurre?
Que cuando apoyáis, como ahora, la cabeza en am-
bas manos, se levanta de tal modo con la presión
de los dedos la extremidad de vuestras cejas, que
parecéis un demonio.

JACOBO. (Alzando bruscamente la cabeza.)

¿Habéis visto alguna vez al diablo?

MME. D'ERMEL.

No, á Dios gracias.

JACOBO. (Volviendo á su contemplativo ademán.)

Pues entonces, ¿á qué asunto compararme con
él?

MME. D'ERMEL.

Reconozco que he hecho mal. No vayáis á inco-
modaros por eso: tranquilizaos.

JACOBO.

No tengo necesidad de tranquilizarme..... por-
que ya lo estoy, señora; pero lo que sí os diré es
que no concibo que se pueda hablar como una ta-
ravilla cuando uno está comprometido en un jue-
go formal. A vos os toca.

MME. D'ERMEL.

Pero ¡hombre de Dios! ¿lo estáis haciendo ex-
profeso?..... ¡una, dos, tres y dama!

JACOBO.

¡Esto es inaudito!..... Pero ¡ya se ve! cuando se
trata adrede de distraer y perturbar la atención
del contrario.....

MME. D'ERMEL.

Coronadla, doctor. (MME. D'Ermel entona por lo bajo
una canción, al propio tiempo que medita profundamente
sobre el tablero.)

Callad, amorosas aves;

No cantéis por vida vuestra:

Que el dueño que ausente adoro,

Llorar tan sólo me deja.

Veamos qué es lo que me conviene hacer ahora
con mi dama, porque la dificultad no estriba sólo
en tenerla, sino en saber conservarla..... ¿No es
verdad, caballero Jacobo?..... De consiguiente.....
voy á colocarla aquí..... Y á propósito, ¿por qué os
llamáis Jacobo? hace una infinidad de tiempo que
tenía deseos de preguntároslo..... ¡Jacobo! ¡Jacobo!
¡Ese nombre no es francés! ¿Verdad que no?

JACOBO.

Ya os he dicho más de veinte veces que mi fa-
milia era oriunda de Holanda.

MME. D'ERMEL.

¡Ah! ¿conque, según eso, Jacobo es nombre holandés?

JACOBO.

No, señora, es nombre latino.

MME. D'ERMEL.

Pues entonces..... ¡bah! ¡á mí con esas!..... Vuestra explicación, señor mío, no me satisface..... antes bien me confunde más..... Pero..... ¿jugáis, ó no?

JACOBO.

¿Para qué? el juego está ya perdido.

MME. D'ERMEL.

¿Quién sabe? la fortuna es mujer, señor doctor..... y me está tratando con demasiado cariño, para que no intente hacerme pronto alguna mala pasada.

JACOBO.

¡No, no! este juego está ya perdido irremisiblemente. (Mueve un peón.)

MME. D'ERMEL.

Ahora sí..... Y os quedan dos gorrinos por añadidura.

JACOBO.

Habéis ganado, en efecto..... con todo, esperad..... poniéndome aquí, quizás lograría..... pero no, no; habéis ganado y yo he perdido.....

MME. D'ERMEL.

Lo segundo sobra; puesto que habiendo ganado yo..... ¿Queréis desquite?

JACOBO.

No, señora, gracias; esta noche estoy muy topo, y por otra parte tampoco me siento bueno. (Tose.) Quizás habré cogido frío al venir aquí.

MME. D'ERMEL.

Tomad mi calentapiés.

JACOBO.

Os lo agradezco, señora; pero el fuego de la chimenea me basta. (Quédanse los dos en silencio.)

MME. D'ERMEL.

¿Conque tan mala está Juana Nicot?

JACOBO.

Tanto, que se morirá una de estas mañanas. ¡Y á fe que si bien se mira, eso es lo mejor que pueden hacer los pobres!..... Hum..... hum.....

(Mme. D'Ermel guarda silencio y se pone á atizar la lumbre. Jacobo prosigue al cabo de algunos instantes.) ¿Qué habéis decidido, por fin, acerca de vuestro sillón, señora?

MME. D'ERMEL.

Que me abstendré de mandar que rellenen el asiento, para no causar escándalo. Así me lo aconseja mi buen cura.

JACOBO. (Con voz lenta y esforzándose por reprimirse.)

Vuestro buen cura, que tan temeroso se muestra del escándalo cuando se trata de las comodidades de los demás, tiene, por lo visto, la manga menos estrecha cuando se trata de conservar las suyas. ¡Buenos están los tales escrúpulos!..... ¡Dónde iríamos á parar, si se viese en una iglesia un sillón con el asiento más blando que los otros!..... ¡Esa sí que sería una terrible piedra de escándalo! ¡Pero al propio tiempo es la cosa más inocente del mundo el que el tal curita se esté como un pastor de la Arcadia repartiendo mano á mano con una de sus feligresas todo el santo día, á la sombra de los árboles frondosos del parque!..... ¡Seguramente que esto dará margen á que se charle y murmure mucho sobre el particular; pero ¿qué importa? la iglesia tiene sus privilegios..... ¡y menguado de aquel que lo achaque á malos fines!

MME. D'ERMEL. (Riendo.)

¡Ah! Esa idea, al menos, ya ofrece cierta novedad..... Pero, decidme, hombre de mis pecados: aun cuando yo me estuviese, no sólo de día, sino por la noche, hablando las horas muertas con ese cura en el parque, ¿qué mal hallaríais en ello?

JACOBO.

Vamos, vamos, señora; un cura..... es al fin y al

cabo un hombre como otro cualquiera, y el de esta parroquia tiene por añadidura la circunstancia de ser joven, lo cual es algo más peliagudo.

MME. D'ERMEL.

Cierto que ese pobre hombre no es todavía un sexagenario, aun cuando anda cerca; pero para eso he cumplido ya sesenta y dos abriles, y en una cita entre dos personas de experiencia tal, por incompleta que parezca, hay cierto no sé qué de venerable, que á mi juicio debía ser suficiente para no alarmar la moral, al propio tiempo que para acallar la maledicencia. Ahora conozco que me equivocaba, y me servirá de gobierno.

JACOBO.

Dejándonos de chanzas, señora, os aseguro que es para mí un problema indescifrable sin el auxilio de vuestra bondad, la clase de placer que pueden ofreceros vuestras interminables conversaciones con ese eclesiástico.

MME. D'ERMEL.

Confieso, doctor, que ese eclesiástico no es un pozo de ciencia; pero una mujer (no hablo de los hombres, que sin duda están llamados á desempeñar más altos destinos), una mujer, repito, sea cual fuere su edad, y á la mía especialmente, tiene menos necesidad de ciencia que de fe. Así, pues